

El crimen de Gracia

El crimen de Gracia

Alez Delayer

Autor: Alez Delayer

Título original: El crimen de Gracia

Corrección y diseño portada: **Black River Correcciones**

blackrivercorrecciones@gmail.com

©Alez Delayer 2024

Gracias por comprar una edición original de este libro y respetar las leyes de *copyright* al no reproducir, escanear o distribuir esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que se sigan publicando buenos libros.

ISBN: 9789403752730

Sin preguntas no hay respuestas

Barcelona

La noche parecía tranquila en comisaría. Ino se encontraba en su despacho despreocupado y reclinado en su silla cuando el antiguo teléfono sobre la mesa comenzó a sonar, originando que, primero, mirara con desgana el reloj de pared que marcaba las 21:25 h y acto seguido se incorporara para atender la llamada.

—Inspector Ino al aparato.

—Al habla el comisario. Se nos informa de un posible homicidio en el 28 de Paseo de Gracia.

—Vamos para allá —sugirió con el auricular en el oído—. ¿Algo más que debemos saber?

—No. Haced vuestro trabajo y mantenme informado.

—De acuerdo, jefe.

Levantándose vagamente de la silla, salió en dirección al despacho de su compañero. En el interior de este, una pequeña televisión, colgada en la esquina del minúsculo cuarto, retransmitía en directo una carrera de caballos y permitía oír los animados comentarios del locutor. Con ayuda de sus nudillos, Ino golpeó la puerta.

—¡Figura! Tenemos trabajo.

Donato levantó la mano en un gesto de pausa.

—Tan solo cien metros más Old Whisky, un último esfuerzo y la carrera será tuya.

Ino, apoyado en el quicio de la puerta, lo miraba con curiosidad, al fin y al cabo, el tipo que se encontraba frente a él era un auténtico fenómeno a la hora de resolver casos que, para otros inspectores, tan solo iban de ningún lugar a ninguna parte.

—¡¡Vamos!! —exclamó dando una palmada eufórica.

—¿Ganaste?

—Sí, es un gran caballo y hoy lo montaba un buen jinete.

—¿Cómo lo haces? Nunca te vi perder una carrera.

—Al igual que en nuestro trabajo, se debe ser meticuloso con la información que se maneja; últimas carreras ganadas, estado de la pista, victorias del jinete, y a la vez, conocer contra quién se va a competir... ¿Qué tenemos?

—Posible homicidio en Paseo de Gracia, 28.

—Un lugar bastante concurrido y turístico. ¿Vía pública o vivienda?

—No lo sé..., quizás, si el jefe te llamara a ti en lugar de a mí, podrías solicitarle esa información.

El rostro de Donato se iluminó con una astuta sonrisa.

—Dudo que quiera tratar conmigo.

—Déjalo como está. Si sigues en esta comisaría, es gracias a tus logros como inspector, porque, en lo personal, estoy seguro de que desearía golpearte.

—Yo también lo creo —indicó levantándose de la silla—. Vayamos a ver de qué se trata.

Horas antes en Madrid

—¡Vámonos! —exclamó Raúl.

—Pero... ¿¡qué dices!? Si estás aún en calzoncillos. A mí me falta acabar el desayuno y peinarme —comentó Sonia—. Además, son las nueve y el tren a Barcelona no sale hasta las once y media.

Raúl la miró con una sonrisa.

—Amorcito, me gusta salir con tiempo. Odio llegar justo.

—Atocha queda a diez minutos en taxi, hay tiempo más que de sobra; además, déjate de amorcito cuando vamos a casa de esa novia tuya.

—¡Ya estamos! Eso fue hace mucho tiempo. Fíjate, Elena y Carlos llevan casados casi diez años, más otros tantos de pareja.

—Y ¿qué? No me agrada ir a pasar un fin de semana con la que fue tu novieta. Te dije que reserváramos un hotel.

—¿Estás celosa?

—No, pero ¿cómo te sentirías tú si fuéramos a pasar unos días a casa del que sabes fue pareja mía?

Raúl, encogiéndose de hombros, respondió:

—No me gusta verte así. Hemos hablado de este asunto y sabes que solo nos une una buena

amistad. Tanto su marido como ella nos han invitado en varias ocasiones, así que olvídale ya, ¿vale? y disfrutemos del viaje.

—¿Él sabe lo tuyo con Elena?

—Y dale... Imagino que sí, en algún momento se lo habrá contado, o no, ya te digo que fue hace mucho y que no tiene la menor importancia, tan solo la que tú le quieras dar — comentó acercándose y plantando un beso en sus labios.

—Está bien, es que no quiero perderte.

—No me vas a perder, mataría por estar contigo.

—Eso espero —respondió colocando la cabeza en su pecho—. Ve vistiéndote, en quince minutos estoy lista.

Tras acabar de recoger el equipaje, Raúl y Sonia se dirigieron a la estación de Atocha donde de manera puntual tomaron el tren a la hora prevista.

—Entonces, ¿cómo nos vamos a organizar cuando lleguemos? —preguntó Sonia, que acomodaba la maleta bajo el asiento.

—Elena me dijo que pasáramos por su trabajo, que nos llevaría a su casa para dejar el equipaje y que luego, más tarde, nos veríamos por algún lugar céntrico.

—¿Te va a dejar las llaves?

—No le he preguntado ni me ha dicho nada.

—Sigo pensando que lo mejor hubiera sido un hotel para nosotros dos.

—Ella se ofreció a que nos quedáramos en su casa; además, por lo que me ha contado, es enorme. A Carlos le llevó mucho tiempo encontrar el piso perfecto. Les va muy bien.

—¿Por qué se fueron de Madrid? —preguntó con curiosidad.

—La editorial para la que Carlos trabaja tiene la sede allí.

Sonia llevó la mirada al exterior del tren y comentó:

—He de reconocer que, aunque no me guste la novela histórica, Carlos escribe muy bien. Y la adaptación de su libro para la serie fue todo un éxito.

—Bueno, su última novela no es precisamente histórica. ¿Te la has leído?

—Sí. Titulándose «Lujuria» me podía imaginar por dónde iría encaminada —respondió con una sonrisa.

—Nada que tú y yo no hagamos en nuestras noches de pasión —bromeó a la vez que la tomaba por la cintura.